

Carmen Conde y la Guerra Civil

para M. del C.C.E

CHRISTIAN MANSO
Decano de la Facultad de Letras,
Lenguas y Ciencias Humanas de PAU (Francia)

Durante la guerra civil Carmen Conde, por múltiples razones, muda varias veces de residencia por la zona republicana de Levante. Hasta pasa unas breves temporadas en diferentes sitios de la Andalucía «no nacional». El testimonio que nos da de aquella época de gran conmoción, particularmente en los tres tomos de sus memorias, de reciente aparición, publicadas bajo el título de *Por el camino, viendo sus orillas*¹, para una mejor presentación de la exposición, lo dividiremos en dos campos: en un primer tiempo intentaremos acercarnos a la misma personalidad de la escritora con respecto al trienio bélico y en una segunda fase procuraremos revelar las directrices que organizan el *corpus* poético de *Mientras los hombres mueren*² que toma cuerpo durante los dos últimos años de la eversión.

Para enfocar nuestro tema pensamos que es preciso ante todo, volver unos años atrás, al advenimiento de la República, cuando, después de cinco años de noviazgo, se casa Carmen Conde, a los veinticuatro años, con el poeta Antonio Oliver Belmás, hijo de acomodada familia cartagenera y partidario del régimen republicano democrático; cuando con él fundan la Universidad Popular de

1 CONDE, Carmen: *Por el camino, viendo sus orillas*. Tomos 1, 2, 3. Plaza y Janes ed. Barcelona. 1986.

2 CONDE, Carmen: *Mientras los hombres mueren* (Valencia. 1938-1939). *Ibid.* Tomo 1.



Cartagena, destinada exclusivamente a educar culturalmente al pueblo, de manera totalmente desinteresada; cuando, por fin, participa con él en las Misiones Pedagógicas organizadas por la provincia de Murcia. La poeta cuenta entre sus ascendientes a republicanos y llega a la convicción republicana no por militancia cualquiera ni por adhesión a un partido, sino por los valores que le inspira la misma República. Además tiene una idea muy exacta del mundo obrero por haberlo tratado de muy cerca cuando era, a partir de los quince años y seis meses de edad, calquista de planos en el Departamento de Delineación de la Constructora Naval del Arsenal Civil del Puerto de Cartagena.

Enunciadas estas circunstancias destinadas a echar luz sobre el ser *socio-político* de la poeta, podemos pasar al primer apartado.

Desde el principio va a adoptar una postura asentada ante todo en el humanismo, la justicia, la verdad objetiva. Negándose con mucha inflexibilidad a ostentar el sectarismo que, en nombre de un ideal esquemático de izquierdas, causa estragos tanto a nivel material como humano, pretende, más que todo, en nombre de la misma humanidad, luchar a más no poder con el prestigio que confiere su dedicación innegable al pueblo para tratar de salvar la vida de individuos que en aquel entonces estaban encarcelados y sentenciados a muerte por el mero hecho de pertenecer, o de ser sospechosos de pertenecer, a la derecha, «unos hombres, comenta, que no merecían la muerte, aquella muerte arbitraria que a uno y otro lado de España (¡y suma y sigue!) se estaba despilfarrando insanamente»³. Así que multiplica las gestiones, sin vacilar en hacer intervenir a personalidades destacadas del Gobierno legítimo, expone a menudo su vida a peligro de muerte, para que condenados de esta categoría recobren la libertad, hasta tal punto que un día un Delegado de la Gobernación de Cartagena le entrega un Browning para defenderse, si lo necesita, de «los nuestros»⁴, ya que, según le dice, muchos opinan que se mueve demasiado «a favor de los enemigos de la república»⁵.

En la misma perspectiva desiste de hacerse propagandista abogando sólo por el aspecto positivo de las causas que le piden que defienda: si le proponen ir a Rusia para que sólo a su vuelta hable de sus «grandes logros», dejando de lado todo lo que no es relevante y negativo, no irá; si unos intelectuales la aconsejan que acuda a Ginebra para manifestar, ante la indiferencia de la Sociedad de las Naciones, sus opiniones antifascistas, mientras «en España nos moríamos a chorros de vergüenza o de odio»⁶, no irá por ser «un viaje turístico sin pena ni gloria»⁷. Refiriéndose a sí misma a través de su protagonista Au-

3 *Por el camino... Ibid.* Tomo 1. (pág. 96).

4 *Ibid.* (pág. 104).

5 *Ibid.* (pág. 104).

6 *Ibid.* (pág. 94).

7 *Ibid.* (pág. 94).

rora. Carmen Conde confiesa que «jamás se creyó obligada a transigir con lo que fuera justa defensa digna de lo legítimo dentro de los términos humano y político»⁸. Determinadamente por encima de los partidos en presencia, tanto más exigente con los defensores de la República cuanto que juntos comparten las mismas aspiraciones transcendentales como son una humanidad mejor, una justicia mayor, una reducción de las desigualdades, escribe en *Nuestra Lucha* de Murcia que «la revolución no consistía en que el hambre cambiara de destinatario ni la riqueza de poseedor»⁹. Y a este respecto una de las figuras más prominentes, portadora de semejanza ideal, radica, según ella, en la misma persona de Dolores Ibárruri a quien encuentra en un acto de gracia que esta mujer había venido a celebrar en Murcia, destinado a una de las brigadas internacionales que se hospedaba en el Colegio Mayor de la Universidad de esta ciudad. Frente a una gobernadora que todo lo ve, lo concibe, con anteojeras partidistas —es comunista—, Dolores sabe dejar de lado oportunamente el mensaje, la arenga, políticos, y revela una sensibilidad profunda y calurosa que se trasluce, en esa circunstancia, en el vasto repertorio de canciones populares españolas que entona en compañía de la poeta, unas canciones de que dimana un substrato de humanidad muy denso, al par que evidencia una amplia cultura popular, emblemática y exponente del corazón ante todo.

Durante los años de guerra realiza también múltiples peregrinaciones, todas encaminadas hacia el sosiego, el amor, el desarrollo de la personalidad, huyendo, cada vez que puede, de la atroz realidad bélica. Muy pronto abandona, con su madre, a Cartagena, por ser «insufribles los bombardeos»¹⁰, y se refugia, en Murcia, en la casa de una cuñada cuyo marido es «enemigo del régimen de derecho»¹¹. Sin embargo se lleva bien con él por prevalecer entre ellos el plano humano; repetidas veces viaja a Andalucía para reunirse con su marido que ocupa funciones importantes en el frente, y disfrutar —aunque brevemente— de una verdadera vida de mujer casada de unos escasos treinta años. Se matricula en la Universidad de Valencia a partir de 1937 con objeto de conseguir diplomas de enseñanza superior, ya que posee el título de maestra que ha obtenido a pulso en 1931¹².

En Murcia, donde vive desde el mes de noviembre de 1936, vuelve a encontrar la tranquilidad: esta ciudad no sufrió —no sufre— las atrocidades de la guerra; casi parece un islote de paz, fuera de un contexto mortífero. Allí dentro del marco de las «Mujeres antifascistas», da clases a adultas, a obreras refugiadas de Madrid «con ansia de conocimiento»¹³, siempre fiel, pues, a su ideal de

8 *Ibid.* (pág. 94).

9 *Ibid.* (pág. 94).

10 *Ibid.* (pág. 115).

11 *Ibid.* (pág. 116).

12 *Ibid.* (pág. 122).

13 *Ibid.* (pág. 120).

educadora, de formadora, «sin política, sin líneas, comenta, sin más propósito que los de ir elevando su escasa formación, grano de arena tras grano de arena»¹⁴. Interviene también como locutora en las ondas de Radio Murcia para pronunciar conferencias sobre Azorín, Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, Marañón, «todos alejados voluntariamente de España», que «merecían nuestra admiración por la rica cultura que nos entregaban» y que «seguían útiles a España» al salvarse¹⁵. En esta radio proporciona un empleo a una profesora del Conservatorio de Cartagena que había sido echada del mismo por «beata»¹⁶ y que por consiguiente no tenía ingresos; le hace dar conciertos de piano y cobrar el sueldo que le corresponde a ella como locutora. Y Carmen Conde concluye sobre esta estancia: «Días tranquilos eran, a pesar de todos aquéllos. La ciudad escuchaba poesía y música, cuentos y no oía tiros ni cañonazos...»¹⁷. Paz, tranquilidad, es lo que ansía esta mujer de reconciliación, enemiga jurada del cainismo. De modo algo curioso las va a encontrar también en Andalucía, en el frente, adonde su marido, tras ocupar poco tiempo el cargo de jefe del departamento de información de la Capitanía General de Cartagena, le ha destinado la Dirección General de Comunicaciones para ser responsable de la Emisora F.P. n.º 2, sita primero en Guadix, que a partir de 1937 se ubica en Jaén. Para la poeta que va a acudir allí varias veces desde Murcia o Valencia, Andalucía es un verdadero descubrimiento. En esta última localidad tampoco parece que haya guerra; resalta en ella un «ambiente que más parecía propio de una ciudad que no se hubiera enterado de nada de lo que pasaba en España»¹⁸. Semejante ambiente se extiende a ciudades comarcanas como Linares, Ubeda, Baeza, que la escritora, siempre que su esposo tiene un rato libre, visita en su compañía con mucha fruición: «era un asombro deleitoso caminar admirando sus tesoros de casas, árboles, luz, paz. Allí había paz urbana y viajeros que procuraban desprenderse de lo que dejaron atrás y les aguardaba. No veían o no querían ver más que lo hermoso, Renacimiento anclado, que el breve descanso les brindaba», confiesa y añade al evocar «el reposo y la belleza de Ubeda y Baeza»: «¡cuántas páginas de don Antonio Machado leídas en los atardeceres rosa vivo del camino que une a las dos ciudades monumentales!»¹⁹. Por más idílicos que sean esos «pequeños paraísos»²⁰, se les plantean a esos representantes de la República problemas peliagudos de mantenimiento, causados por la escasez de alimentos que reina por esos parajes. Afortunada-

14 *Ibid.* (pág. 120).

15 *Ibid.* (pág. 120).

16 *Ibid.* (pág. 121).

17 *Ibid.* (pág. 121).

18 *Ibid.* (pág. 132).

19 *Ibid.* (págs. 135-136).

20 *Ibid.* (pág. 143).

mente la solidaridad humana sigue vigente; la población local comprensiva les viene en ayuda, vendiéndoles lo que tiene: las peras de «muslo de monja», los quesos de oveja y de cabra de Galera, y alguna que otra vez hasta pan. Todo pagado con dinero «honrado y ganado dignamente»²¹, recalca la poeta advirtiéndole que cada vez representaban esos productos tan sólo unos días de alimentación y que, por supuesto, el sustento por venir era siempre problemático. En Valencia sigue cursos en la Facultad de Filosofía y Letras a partir del año 1937, que le imparten unos profesores de renombre como Agustín Millares, José Manuel Pabón, Dámaso Alonso, Emilio Nadal; desgraciadamente los nacionales, tras su victoria, no validarán los diplomas que obtiene. Valencia es también la ciudad donde se encuentra cuando llegan allí los vencedores en marzo de 1939. Lo que más la choca es que entre ellos están moros y hasta llega a dudar de la nacionalidad española de los soldados que desfilan con ellos: «Obvio resultaba recordar, dice, a los reyes que tanto lucharon para desterrarlos y aunque la historia no fuera tan justa como entonces se creyó, no hubo ninguna hermosa, ahora, que se atreviera a sonreír a ninguno de los fieros desfilantes por la calle de La Paz»²².

Testimonios de la guerra, imágenes vividas de la guerra, son igualmente los poemas que escribe durante ese período tan perturbado.

Se abre el poemario con una declaración liminar que pone de realce la postura de una mujer sola, frente a la eversión nacional causada, organizada y perpetrada principalmente por unos hombres. Su voz femenina, al par que hace oír su canto de dolor y horror ante la inútil hecatombe, sin que haya en ella exclusivismo partidista alguno, hace hincapié en la doble mortificación que padece todo ser femenino al negársele la vida y la promesa de vida, de vidas, que significa por esencia. Y de cara a la muerte —que quiere conjurar a toda costa gracias al poder que le confiere su verbo—, y a los constantes estragos de la misma dentro del género humano, Carmen Conde nos entrega de modo peculiar, personal e interiorizado su aprehensión de la tragedia.

La poeta que se expresa reanuda ante todo con la figura del *vates*, es decir de un ser particularmente inspirado, clarividente y solitario, encargado de una misión, mediador entre el Cosmos y los humanos. Frente a la circunstancia trágica que vive no va a dejar de cumplir con el deber que siente en sus adentros: el de hacer que retroceda la Muerte y que la vengza la Vida. Su compromiso con la humanidad, con la *alteridad* podríamos decir, va a consistir primero en llamar la atención del otro, de los otros, en despertarlos, en concienciarlos, para que poco a poco se junten todos ellos bajo la bandera de la Vida; de ahí que use muy a menudo unas cuantas figuras retóricas, denomina-

21 *Ibíd.* (pág. 144).

22 *Ibíd.* (pág. 155).

das patéticas, como son la exclamación, la interrogación, para conseguir que su interlocutor se incorpore al movimiento de lucha que quiere impulsar.

En el mundo circundante en que triunfa lo negro, sólo la poeta es depositaria de la luz que para los demás va a ser —polisémicamente— a la vez su punto de confluencia, de encuentro, primero, su referencia paradigmática luego y por fin el motor de la reconquista luminica que es urgente poner en marcha. Escuchemos las exhortaciones a los demás de la poeta igual que profeta, determinada a agotar todos los recursos que posee para convencer a su auditorio:

«Nadie sabe dónde está la luz... ¡solamente yo soy el ser que sí conoce su luz!

¿No la veis, lo que ahíncosamente miráis, sobresaltarme como una corriente, escapárseme de las sienas, cabellos y hombros?...

Estoy encendida, sí; encendida de mediodía exacto, de tarde cumplida. Y mi fe en mi luz es mi única lumbre.

Aprended todos de mí a llevar muy en pie la llama» ²³

.....
Soy un grito que el fuego dejó entre vosotros los que odiáis la Primavera, y arderé hasta incendiaros los ojos» ²⁴.

Esta luz quiere contrarrestar prioritariamente el menosprecio que se ha instaurado a la humanidad; es el rechazo de la bestialidad, de la animalidad, y la rehabilitación de la verticalidad humana o sea de la «civilización», de la dignidad humana:

«Yacedoras y yacedores, enderezaos...

Abandonad vuestros lechos frenéticos de lujuria, hembras y varones que jamás seréis mujeres ni hombres. Arrostrad por un tiempo el vaivén de vuestras horizontales cabezas...

Mundo aún tendido, álzate» ²⁵.

Esta luz es también una voluntad de erradicación de la indiferencia, del egoísmo, que se observan demasiado ante la muerte del otro:

«Vosotros, los muertos en esta brutal guerra de progreso, venid a golpear nuestra sensibilidad ajena a todo, olvidada, florecida en lo agusto suyo único» ²⁶.

²³ *Mientras los hombres mueren. Ibid.* (XXII; pág. 173).

²⁴ *Ibid.* (XXIV; pág. 174).

²⁵ *Ibid.* (VII; pág. 168).

²⁶ *Ibid.* (XV; pág. 170).

Es, por consiguiente, una apelación a la ley de amor en una poeta que cobra, también, una dimensión crítica al evocar «la sangre que (le) zumba de dos mil años de terror inútil»²⁷ y al pedir auxilio al otro: «¿ninguna mano puede sacar el puñal que me ha multiplicado el corazón?»²⁸

Al fin y al cabo esta luz es un grito hacia la fraternidad, o sea la conservación de la vida humana en su mayor armonía. Así que todo aquel que vive ha de asumir la mayor responsabilidad que le incumbe con su prójimo:

«...No muere un solo hombre sin que crezca una responsabilidad trágica en los que perviven. ¡Atended el legado de los muertos, hombres fríos y ajenos: se os deja la vida, la intacta vida vertical, para que proscibáis definitivamente la muerte!»²⁹.

Si insiste tanto Carmen Conde en su lucha encarnizada por la vida es que la realidad que la circunda es la regresión rápida de la misma, son las atrocidades de la guerra que tienen tal repercusión en su ser que muy a menudo el lenguaje literal no basta para evocarlas. Recurre, por tanto, a la metáfora para representar el caos que genera el conflicto, que forzosamente tiene resonancia a nivel de su producción poética. Y a este respecto el bestiario equino ilustra muy bien, en la poeta, una de sus percepciones de la muerte:

«¿Quién monta esos caballos azules fríos que corren las mesetas donde el pasado alzó murallas de Avila y Segovia trágica?»³⁰

.....
Los córcelos de ébano del duelo golpean con sus crines este aire de España»³¹.

La muerte lo arrasa todo y, colmo del horror, siega la vida naciente de los niños, seres frágiles e inocentes, mediante sus atributos, a veces identificados a través de una terminología que lleva en sí la crueldad y la ferocidad:

«Llevaba (el niño) en las manos, mojadas de naranja, un caballo de cartón azul...

¿Quién le clavó a la tierra con la espoleta helicoidal de la bomba?
¿De qué ángeles perversos se desgajaron cuchillas de acero?»³².

27 *Ibid.* (II; pág. 166).

28 *Ibid.* (II; pág. 166).

29 *Ibid.* (XXIII; pág. 173).

30 *Ibid.* (II; pág. 166).

31 *Ibid.* (VII; pág. 168).

Y esta muerte, como podemos imaginarlo, hace siempre brotar del humano el grito del terror, del dolor, «el grito de millares de gargantas, el hondo, repicador, tenebroso grito mismo» que «lo ha taladrado todo: noche, fragancia, y este cuenco de vientre que soñaba ser cuna»³³. Igual que lo exhibe tan expresivamente el *Guernica* de Picasso, tal grito desgarrá el día con una estridencia que es la expresión de un dolor que se va multiplicando y explayando por todo el espacio humano:

«¡El duelo!
 Vienen gritando las voces por entre las alamedas de suspiros.
 ¡El duelo!
 Vienen gritando las madres sobre ascuas desorbitadas de llanto.
 ¡El duelo! ¡El duelo! ¡El duelo! —grito yo—, sola, río de orillas quemadas»³⁴.

Tal grito perfora la noche, les impide a los hombres cerrar los ojos —por lo despavoridos que son— y encontrar el menor minuto de descanso:

«Los de acá nos volveremos a oír el silencio que navegaba las noches, ni la más densa noche podrá oírse su propia campana corpórea...»³⁵.

La muerte es también para la poeta la ruptura trágica y brutal que se realiza en la historia de la humanidad enfocada como largo proceso de maduración, una ruptura también que se verifica en la misma germinación venidera de todos los seres. Exponente de semejante ruptura lo es la tierra que sólo ahora evidencia el contrario de sus potencialidades:

«La tierra quebrada, resollada, resquebrajante, hecha púa de corazones secos, vasija de sexos adolescentes sin abrir. La tierra florida de sangres, de ojos deshechos, de senos escurridos. La tierra agujereada de gritos, de espumas, con rodillas de sollozos y de estertores»³⁶.

La tierra que habitaban tradicionalmente los muertos y que era promesa perpetua de vida, de una vida sin cesar renovada, esta tierra que estaba huma-

32 *A los niños muertos por la guerra. Ibid.* (IV; pág. 180).

33 *Mientras los hombres mueren. Ibid.* (XIII; pág. 169).

34 *Ibid.* (IV; pág. 167).

35 *Ibid.* (XIII; pág. 169).

36 *Ibid.* (VI; pág. 167).

nizaba a través de ciclos biológicos inmutables, ya no puede cumplir con su misión por quedar destruidos los mismos. En adelante los muertos —que de cierto modo llevaban aparejadas las vidas futuras— sólo yacerán» en la oscuridad agria, punzadora, de la tierra solamente ya Tierra»³⁷. El reinado de la sombra lo invade todo; la muerte irrumpe por todas partes, penetra cada ser y estampa su sello distintivo en cada cosa. Tenemos la visión de un mundo al revés:

«Los campos se volcaron de sus campanas de agua; los sembrados irguieron flores negras. Todo caminó sombrío por las cuestas del Alba y por los llanos de la noche.

...De nadie era la mano que ordeñaba leche negra para rebaños agonizantes»³⁸.

Consecuencia lógica de semejante conmoción, es la negación de la mujer a ya no ser fecundada, por más vehemente que sea su deseo de dar nacimiento a un hijo:

«Toda mi entraña se abría en sed de un hijo. ¡Ah, que ya sé por qué mi vigilante espíritu no quiso desgajarse una rama!»³⁹.

Y la poeta va a animar a todas las mujeres a excluir toda posibilidad de maternidad mientras esté ausente el amor:

«Mujeres que vais de luto porque el odio os trajo la muerte a vuestro regazo, ¡negaos a concebir hijos mientras los hombres no borren la guerra del mundo!»⁴⁰.

.....
Tú no estrenarás tu vientre mientras no tengan quietas sus fragancias todos los suelos por donde va el amor»⁴¹.

Por fin va a vivir esta mujer la duda dramática de la cristiana, de la creyente que es, cuestionando los principios metafísicos más arraigados en ella:

«Yo bien sé que todo es mentira en cuanto se refiere al tiempo y al entumecido principio de su perennidad... No se sabe dónde vive

37 *Ibid.* (VI; pág. 167).

38 *Ibid.* (XXIV; pág. 173).

39 *A los niños muertos por la guerra. Ibid.* (V; pág. 180).

40 *Ibid.* (X; págs. 181-182).

41 *Mientras los hombres mueren. Ibid.* (IX; pág. 168).

el eterno tiempo, y la gran criatura que lo consume como a amante a otro amante consuma.

.....
 ¡Eternidad! Abriré el pecho de quien venga nombrarme el fabuloso ensueño de mi alma en chispas»⁴².

¿Renunciará a su misión la poeta de cara a enemigo de la humanidad tan poderoso y obstinado? No, desde luego. Aunque sola, intentará parar la hemorragia de la vida, por ser su deber primordial:

«yo quiero ser fuerte,... yo quiero ser ágil,... yo contendré la vida que se derrama por la vida de los muertos!»⁴³.

Tal empeño se manifestará en sus actos destinados a amparar, a salvar particularmente a los niños. Interpone su verbo entre éstos los factores mortíferos que los acosan permanentemente, procurando encontrar con ellos un terreno de comprensión mutua, un lenguaje común como es el del corazón:

«¡...bombas grandísimas que caéis del cielo hondo... no rompáis los cuerpecitos de los niños! ¿No siente el plomo piedad de estos hombros de leche rosada, de estas sangrecitas dulces, de estas pieles de labios?...»⁴⁴.

.....
 ¡Deteneos, cañones!
 ¡Paraos, aviones en mitad de vuestro inhóspito cielo!
 ¿No oís todos, máquinas y hombres, el llanto inmenso de todos los niños huérfanos del mundo?»⁴⁵.

Además nunca pierde esperanza; confía en el papel movilizador, federador, de su palabra al dirigirla a todos los humanos, y en la formación de pequeños grupos de resistentes que tendrán como objetivo la victoria de la vida. Sabe que la incumbe ejemplarizar a aquéllos para acercarse luego a éstos; sólo así se realizará el rechazo, la negación, de la destrucción de la humanidad:

«¡No hay muerte, sino arboleda profusa de esperanza! ¡No hay muerte, aunque caiga la juventud bajo los rechazos de los cañones!...

42 *Ibid.* (XIX; pág. 171).

43 *Ibid.* (III; pág. 166).

44 *A los niños muertos por la guerra. Ibid.* (I; pág. 179).

45 *Ibid.* (XII; pág. 182).

...muchos hombres se duermen en los umbrales del llanto; esos son lo que parecen muertos. Pero los que atienden, lo que braman su encendido celo de vida, son los que avanzan siempre, los que penetran las densidades de la tierra, los que derraman el mañana, los que triunfarán, sabiendo morir, de la muerte»⁴⁶.

Pero si son necesarias la resistencia, la lucha, cree, más que todo, en el amor. Para ella el amor —que no parece tener eco alguno— será la clave de la reconstrucción de la humanidad; así que se va a esforzar por rehabilitarlo de manera muy activa:

«...yo busco en mi oído la espiga de una voz que nunca se apague...»⁴⁷.

Mujer de acción y de corazón, humanista digna de los elogios más calurosos, mujer consciente de la gran responsabilidad que le incumbe en tanto que potencialidad vital cuando el conflicto, muy esperanzadora de conseguir la federación y la emancipación del pueblo sin distinción gracias al papel que pueden desempeñar la educación y la formación, Carmen Conde, de cara a la tragedia, nos comunica un largo mensaje de horror y de dolor que brota de la parte más recóndita de su ser, sin perder, con todo, la esperanza de que llegue un mañana lleno de niños a los que habrá que guardarse, por supuesto, de enseñarles la Historia:

«Que olviden la Historia. Que jueguen, que sueñen. Nadie les nombre pueblos, ni hombres. Todos les señalen mares, nubes, plantas. Y bestias»⁴⁸.

46 *Mientras los hombres mueren. Ibid.* (XX; pág. 172).

47 *Ibid.* (XIV; pág. 170).

48 *A los niños muertos por la guerra. Ibid.* (XV; pág. 183).